

Michael
Connelly

NOCHE SAGRADA

Traducido del inglés por Javier Guerrero Gimeno

Título original: *Dark Sacred Night*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Little, Brown & Company, New York, New York, USA. Todos los derechos reservados.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2018 by Hieronymus, Inc.
© de la traducción: Javier Guerrero Gimeno, 2019
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid
www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-661-4
Depósito legal: M. 21.672-2019
Printed in Spain

*A la detective Mitzi Roberts,
inspiración de Renée*

Ballard

Los agentes de patrulla habían dejado la puerta de la calle abierta. Pensaban que estaban haciéndole un favor, aireando la casa. Sin embargo, eso suponía una violación del protocolo de la escena del crimen en lo referente a la protección de pruebas. Podían entrar y salir insectos. Un soplo de brisa a través de la casa podía alterar el sensible ADN. Los olores eran partículas. Airear una escena del crimen significaba perder parte de ella.

Los agentes de patrulla no sabían nada de todo eso. El cadáver, según la información que había recibido Ballard del teniente del turno, llevaba dos o tres días en una casa cerrada y con el aire acondicionado apagado. En palabras del teniente, apestaba como una asamblea de mofetas.

Había dos coches blancos y negros aparcados en la calle. Tres hombres uniformados de azul la esperaban entre los vehículos. Ballard ya contaba con que no estuvieran dentro, junto al cuerpo de la víctima.

Un helicóptero sobrevolaba el cielo en círculos a cien metros de altitud, iluminando la calle con su reflector. Daba la sensación de que habían atado el aparato con una correa de luz que impedía que se alejara.

Ballard apagó el motor, pero se quedó un momento sentada en su coche oficial. Había aparcado delante del hueco entre dos casas y eso le permitía contemplar las luces de la ciudad que se extendían como una inmensa alfombra por debajo. Poca gente era consciente

de que Hollywood Boulevard ascendía la montaña en curvas estrechas y cerradas hasta transformarse en un barrio estrictamente residencial y alejado en todos los sentidos de la pompa y la inmundicia de la meca turística de otros tramos de la misma avenida, donde los visitantes posaban con superhéroes disfrazados y las estrellas de las aceras. En la colina había dinero y poder, y Ballard sabía que un asesinato en ese barrio siempre atraía a los pesos pesados del departamento. Ella solo estaba haciendo de niñera. El caso no sería suyo mucho tiempo. La investigación pasaría a Homicidios del West Bureau o tal vez incluso a la División de Robos y Homicidios, en función de quién fuera la víctima y de su estatus.

Ballard apartó la mirada de la vista panorámica y encendió la luz del techo para poder ver la libreta. Venía de su primera intervención del día, un robo más en un domicilio de Melrose, y en la libreta tenía las notas del informe que redactaría cuando regresara a la comisaría de Hollywood. Pasó a una página en blanco y anotó la hora (01:47) y la dirección. Añadió una observación sobre las condiciones meteorológicas: una noche clara y agradable. Luego apagó la luz interior y salió del coche, dejando las estroboscópicas azules encendidas. Se dirigió a la parte trasera del vehículo y abrió el maletero para sacar su equipo para la escena del crimen.

Era lunes por la mañana, su primer turno de una semana de trabajo en solitario, y sabía que necesitaría ponerse ese mismo traje al menos otra noche más, a ser posible dos. Eso exigía que la ropa no se impregnara del hedor de la descomposición. Junto al maletero, Ballard se quitó la chaqueta, la dobló con cuidado y la colocó en una de las cajas de cartón vacías que utilizaba para guardar pruebas. Sacó su mono de escena del crimen de una bolsa de plástico y se lo puso encima de las botas, pantalones y blusa. Se subió la cremallera hasta la barbilla y, apoyando primero una bota y luego otra en el parachoques, se ciñó los cierres de velcro en torno a los tobillos. Después repitió la operación en torno a las muñecas para proteger herméticamente su ropa.

Sacó unos guantes desechables y la mascarilla que utilizaba en las autopsias cuando trabajaba en la División de Robos y Homicidios, cerró el maletero y fue a reunirse con los tres agentes uniformados. Al acercarse, reconoció al sargento Stan Dvorek, jefe de zona, y a dos agentes cuya antigüedad en el turno de noche les había valido el chollo de la tranquilidad que ofrecían las colinas de Hollywood.

Dvorek se estaba quedando calvo, y lucía la barriga y la anchura de caderas típicas de alguien que ha pasado muchos años en un coche patrulla. Estaba apoyado en el parachoques de uno de los vehículos con los brazos cruzados delante del pecho. Lo llamaban Reliquia. Todos aquellos a los que les gustaba el turno de noche y duraban un buen número de años terminaban con un apodo. En ese momento Dvorek ostentaba el récord, y un mes antes había celebrado su décimo aniversario en la sesión nocturna. Los agentes que lo acompañaban, Anthony Anzelone y Dwight Doucette, eran Caspar y Deuce. A Ballard, que solo llevaba tres años en la sesión nocturna, todavía no le habían puesto un mote. O al menos ella no lo conocía.

—Colegas... —saludó Ballard.

—Vaya, Sally Ride —dijo Dvorek—. ¿Cuándo sale el transbordador?

Ballard extendió los brazos para mostrarse. Sabía que el mono le quedaba suelto y parecía un traje espacial. Pensó que tal vez acababan de bautizarla con un apodo.

—Nunca —dijo ella—. Bueno, ¿qué tenemos aquí que os ha hecho salir de la casa?

—Apesta —sentenció Anzelone.

—Se ha estado cocinando —agregó Doucette.

Reliquia se apartó del maletero de su coche y se puso serio.

—Mujer blanca, cincuenta y tantos, traumatismo por fuerza bruta y laceraciones faciales —explicó—. Alguien se ensañó con ella. Domicilio revuelto. Podría tratarse de un robo.

—¿Agresión sexual? —preguntó Ballard.

—Tiene el camisón levantado.

—Vale, voy a entrar. ¿Quién es el valiente que me quiere acompañar?

Nadie se presentó voluntario de inmediato.

—Deuce, tú tienes el número más alto —dijo Dvorek.

—Mierda —soltó Doucette.

Doucette era el agente menos veterano de los tres, de manera que tenía el número de identificación más alto. Se subió un pañuelo azul que llevaba en torno al cuello para taparse la boca y la nariz.

—Pareces un puto *crip** —dijo Anzelone.

—¿Por qué? ¿Porque soy negro? —preguntó Doucette.

—Porque llevas un pañuelo azul, joder —dijo Anzelone—. Si fuera rojo, habría dicho que pareces un puto *blood**.

—Muéstrale la escena —dijo Dvorek—. Venga, que no quiero pasarme toda la noche aquí.

Doucette interrumpió la charla y se dirigió hacia la puerta abierta de la casa. Ballard lo siguió.

—Por cierto, ¿cómo es que nos ha tocado esto tan tarde? —preguntó ella.

—El vecino de al lado recibió una llamada de la sobrina de la víctima desde Nueva York —explicó Doucette—. El vecino tiene una llave y la sobrina le pidió que echara un vistazo porque la señora llevaba varios días sin dejarse ver en las redes sociales y sin contestar las llamadas de móvil. El vecino abre la puerta, nota el pestazo y nos llama.

—¿A la una de la mañana?

—No, mucho antes. Pero todo el turno de tarde ha estado liado en un atraco con un sospechoso de cuatro-cinco-nueve y en un perímetro alrededor de Park La Brea hasta última hora. Nadie se ha pasado por aquí y en la reunión nos lo han asignado. Hemos venido en cuanto hemos podido.

* Tanto los *crip* como los *blood* son grandes bandas criminales de Estados Unidos (*N. de la E.*).

Ballard asintió. El perímetro en torno a un sospechoso de atraco la escamaba. Pensó que era más probable que se hubieran pasado la pelota de un turno a otro porque nadie quería trabajar en el caso de un posible cadáver que había estado cociéndose en una vivienda cerrada.

—¿Dónde está el vecino ahora? —preguntó Ballard.

—En su casa —dijo Doucette—. Probablemente dándose una ducha e inhalando Vicks VapoRub. Nunca volverá a ser el mismo.

—Le tomaremos las huellas para descartarlo, aunque diga que no entró.

—Entendido. Llamaré al coche de huellas.

Ballard se puso los guantes de látex mientras seguía a Doucette hasta el interior de la casa. La mascarilla casi no servía de nada. El hedor pútrido de la muerte la impactó con fuerza, a pesar de que estaba respirando por la boca.

Doucette era alto y ancho de hombros. Ballard no vio nada hasta que se adentró más en la vivienda y rodeó al agente. La casa estaba construida en voladizo sobre la colina, lo cual convertía la ventana panorámica de suelo a techo en una asombrosa lámina de luz titilante. Incluso a esa hora, la ciudad parecía viva y vibrante de posibilidades espléndidas.

—¿Estaba oscuro cuando has entrado? —preguntó Ballard.

—No había nada encendido cuando entramos —dijo Doucette.

Ballard tomó nota de la respuesta. Que no hubiera luces encendidas podía significar que la intrusión se había producido durante el día o bien entrada la noche, después de que la propietaria de la casa se hubiera ido a acostar. Ballard sabía que la mayoría de los allanamientos de morada se producían durante el día.

Doucette, que también llevaba guantes, accionó un interruptor de la pared y encendió una fila de apliques en el techo. El interior tenía un diseño abierto, estilo *loft*, que permitía disfrutar de las vistas desde cualquier punto de la sala, el comedor o la cocina. En la pared del fondo, una serie de tres cuadros de grandes proporciones

que mostraban los labios rojos de una mujer servían de contrapunto a la impresionante panorámica.

Ballard se fijó en un vaso hecho añicos en el suelo, al lado de la isleta de la cocina, pero no vio ventanas rotas.

—¿Alguna señal de intrusión? —preguntó.

—No que hayamos visto —dijo Doucette—. Hay cosas destrozadas por toda la casa, pero ninguna ventana rota, y no hemos encontrado ningún punto de entrada evidente.

—Entendido.

—El cadáver está allá.

Doucette entró en un pasillo que partía del salón y sostuvo la mano sobre el pañuelo que le tapaba la boca como una segunda barrera de protección contra el olor, cada vez más intenso.

Ella lo siguió. La casa era de estilo contemporáneo y tenía un único nivel. Ballard supuso que se había construido en los años cincuenta, cuando bastaba con una sola planta. Desde hacía un tiempo, todo lo que se edificaba en las colinas tenía varias plantas y se construía hasta el máximo autorizado por la ley.

Pasaron junto a las puertas abiertas de una habitación y un cuarto de baño antes de entrar en el dormitorio principal, que estaba patas arriba. Ballard vio una lámpara tirada en el suelo, con la pantalla mellada y la bombilla rota. Había ropa tirada de cualquier manera sobre la cama; una copa de fuste alto que había contenido lo que parecía vino tinto estaba partida en dos en la alfombra blanca, y su contenido extendido en una mancha de salpicadura.

—Ahí la tienes —dijo Doucette.

Señaló la puerta abierta del cuarto de baño y luego retrocedió para permitir que Ballard entrara primero.

Ballard se quedó de pie en el umbral, pero no entró en el cuarto de baño. La víctima se hallaba tendida boca arriba en el suelo. Era una mujer grande y estaba con los brazos y las piernas abiertos. Tenía los ojos abiertos, el labio inferior partido y un corte en la parte superior de la mejilla que exponía un tejido rosa grisáceo. Un halo de sangre seca

de una herida en el cuero cabelludo que no podía verse rodeaba la cabeza de la víctima y se extendía por las baldosas cuadradas blancas.

El camisón de franela, con un estampado de colibríes, estaba subido hasta las caderas y enrollado sobre el abdomen y en torno a los pechos. Iba descalza y tenía los pies separados casi un metro. No se apreciaban hematomas visibles ni heridas en los genitales externos.

Ballard se vio en un espejo de suelo a techo en la pared de enfrente del cuarto de baño. Se puso en cuclillas en el umbral y mantuvo las manos en los muslos. Examinó las baldosas del suelo en busca de huellas de pisadas, sangre u otros indicios. Además del halo que se había formado y secado en torno a la cabeza de la víctima, se apreciaba un reguero intermitente de manchitas de sangre entre el cadáver y el dormitorio.

—Deuce, ve a cerrar la puerta de la calle —ordenó Ballard.

—Ah, voy —dijo Doucette—. ¿Por alguna razón?

—Hazlo y listo. Luego busca en la cocina.

—¿Qué?

—Un bol de agua en el suelo. Vamos.

Doucette se marchó y Ballard oyó sus pasos pesados retrocediendo en el pasillo. Se levantó y entró en el cuarto de baño, pisando con precaución, pegada a la pared, hasta que se acercó al cadáver y se puso en cuclillas otra vez. Se inclinó y apoyó una mano enguantada en las baldosas para equilibrarse, en un intento de ver la herida del cuero cabelludo. El cabello castaño oscuro de la mujer era demasiado grueso y rizado para que pudiera localizarla.

Ballard echó un vistazo a su alrededor. La bañera estaba rodeada por una repisa de mármol donde había diversos frascos de sales de baño y velas que se habían consumido. También había una toalla doblada en la repisa. Ballard se movió para poder mirar en la bañera. Estaba vacía, pero el tapón estaba puesto. Era de los que tienen un reborde de goma que produce un efecto de sellado. Ballard se estiró para abrir el agua fría unos segundos, y luego cerró el grifo.

Se levantó y se colocó al borde de la bañera. Había puesto agua suficiente para que se acumulara en torno al desagüe. Esperó y observó.

—Hay un bol de agua.

Ballard se volvió. Doucette había vuelto.

—¿Has cerrado la puerta de la calle? —preguntó Ballard.

—Está cerrada —dijo Doucette.

—Vale, busca por ahí. Creo que es un gato. Pequeño. Tendrás que llamar a control de animales.

—¿Qué?

Ballard señaló a la mujer muerta.

—Lo hizo un animal. Hambriento. Empiezan con el tejido blando.

—¿Estás de broma?

Ballard miró la bañera. La mitad del agua que había puesto se había ido. El tapón de goma filtraba.

—No hay hemorragia de las heridas faciales —explicó ella—. Eso ocurrió *post mortem*. El golpe en la nuca fue lo que la mató.

Doucette asintió.

—Alguien se acercó y le partió el cráneo desde atrás —dijo.

—No —dijo Ballard—. Fue una muerte accidental.

—¿Qué? —preguntó Doucette.

Ballard señaló el despliegue de objetos en el borde de la bañera.

—A juzgar por la descomposición, diría que ocurrió hace tres noches —dijo—. Enciende las luces de la casa, se prepara para acostarse. Probablemente esa lámpara en el suelo del dormitorio fue la que dejó encendida. Entra aquí, llena la bañera, enciende las velas, prepara la toalla. El vapor del agua caliente en las baldosas la hace resbalar, tal vez cuando se acuerda de que se ha dejado la copa de vino en la mesilla de noche. O cuando empieza a subirse el camisón para meterse en la bañera.

—¿Y la lámpara y el vino derramado? —preguntó Doucette.

—El gato.

—¿Así que te has quedado ahí de pie y lo has descubierto todo?

Ballard no hizo caso de la pregunta.

—Pesaba mucho —continuó—. Tal vez un cambio de dirección brusco cuando se estaba desnudando («¡Oh, me he olvidado el vino!») causa que resbale y se abra el cráneo en el borde de la bañera. Está muerta. Las velas se consumen y el agua poco a poco se filtra por el desagüe.

La explicación fue recibida en silencio por Doucette. Ballard miró el rostro destrozado de la mujer muerta.

—El segundo día, el gato tiene hambre —concluyó Ballard—. Se vuelve loco, luego la encuentra.

—Cielo santo —exclamó Doucette.

—Trae a tu compañero, Deuce. Encuentra al gato.

—Pero espera un momento. Si iba a bañarse, ¿por qué llevaba el camisón? Te pones el camisón después del baño, ¿no?

—¿Quién sabe? Quizá llega a casa después de trabajar o de cenar fuera, se cambia, se pone cómoda, tal vez ve un poco la tele... y luego decide darse un baño.

Ballard hizo un gesto hacia el espejo.

—Además era obesa —continuó—. Tal vez no le gustaba verse desnuda en el espejo. Así que llega a casa, se pone el camisón y se queda vestida hasta el momento de meterse en la bañera.

Ballard se volvió para pasar al lado de Doucette y salió de la habitación.

—Encuentra al gato —dijo.

A las tres de la mañana, Ballard había terminado con la escena de la investigación de la muerte y estaba de regreso en la comisaría de Hollywood, trabajando en un cubículo de la sala de detectives. La inmensa estancia, que albergaba las mesas de trabajo de cuarenta y ocho detectives durante el día, estaba desierta por la noche, y Ballard siempre podía elegir escritorio. Eligió uno en el rincón del fondo, lejos del murmullo y las conversaciones de radio de la oficina del comandante de turno, al fondo del pasillo delantero. A las cinco y siete, consiguió sentarse y desaparecer detrás de la pantalla de ordenador y las mamparas del cubículo como un soldado en una trinchera. Pudo concentrarse para escribir su informe.

Ya había completado el informe sobre el robo en la zona residencial del que se había ocupado antes y se disponía a redactar el correspondiente al caso de la bañera. Catalogaría la muerte como indeterminada a la espera de la autopsia. Se había cubierto las espaldas llamando a un fotógrafo de criminalística y documentándolo todo, incluido el gato. Sabía que una valoración de muerte accidental podría ser cuestionada por la familia de la víctima y quizá incluso por sus superiores. No obstante, estaba segura de que en la autopsia no se hallarían indicios de un crimen y la muerte en última instancia sería calificada de accidental.

Ballard estaba trabajando sola. Su compañero, John Jenkins, se encontraba de permiso por el fallecimiento de un familiar y no había

suplencias para detectives que trabajaban en la sesión nocturna. Ballard estaba en mitad de la primera noche de al menos una semana de trabajo en solitario. Todo dependía de cuándo regresara Jenkins. Su esposa había sufrido una larga y dolorosa muerte de cáncer. Eso había destrozado a Jenkins, y Ballard le dijo que se tomara todo el tiempo que necesitara.

La detective abrió su libreta por la página que contenía sus detalladas anotaciones sobre la segunda investigación y a continuación abrió una plantilla de incidente en su pantalla. Antes de empezar, bajó la barbilla y se subió el cuello de la blusa hasta la nariz. Le pareció captar un ligero olor a descomposición y muerte, pero no podía estar segura de si se había impregnado en su ropa o simplemente se trataba de memoria olfativa. En cualquier caso, eso suponía que su plan de ponerse el traje otra vez esa semana se había ido al traste. Tendría que llevarlo a la tintorería.

Mientras permanecía con la cabeza baja, oyó el sonido de metal contra metal del cajón de un archivador al cerrarse. Levantó la cabeza por encima de la mampara que dividía los espacios de trabajo y miró al fondo de la sala, donde se extendía una fila de archivadores a lo largo de toda la pared. Cada pareja de detectives tenía asignado un módulo de cuatro cajones para archivo.

Sin embargo, el hombre al que Ballard vio en ese momento abriendo otro cajón para hurgar en su contenido no era un detective al que reconociera, y los conocía a todos de las reuniones mensuales de la brigada que la obligaban a acudir a comisaría en horario diurno. El hombre que estaba hojeando los archivos aparentemente al azar tenía pelo y bigote grises. Ballard, instintivamente, supo que estaba fuera de lugar. Examinó toda la sala para ver si había alguien más presente. Estaba desierta.

El hombre abrió y cerró otro cajón. Ballard usó el sonido como protección para levantarse de su silla. Se agachó y, con la fila de cubículos de trabajo como barrera, se situó en el pasillo central, lo cual le permitiría aparecer por detrás del intruso sin ser vista.

Ballard había dejado la chaqueta del traje en la caja de cartón del maletero de su coche. Eso le permitía acceder sin obstáculos a la Glock que llevaba enfundada en la cadera. Puso una mano en la culata del arma y se detuvo tres metros por detrás del hombre.

—Oiga, ¿qué está haciendo? —preguntó.

El hombre se quedó paralizado. Lentamente levantó las manos del cajón abierto que estaba revisando y las levantó.

—Está bien —dijo Ballard—. ¿Le importa decirme quién es y qué está haciendo?

—Me llamo Bosch —dijo—. He venido a ver a alguien.

—¿Alguien que se esconde en los archivos?

—No. Yo trabajaba aquí. Conozco a Money. Me dijo que podía esperar en la sala de descanso mientras lo avisaban. Y me he puesto a pasear. Lo siento.

Ballard rebajó su nivel de máxima alerta y apartó la mano de la pistola. Reconoció el nombre de Bosch, y el hecho de que conociera el apodo del jefe de guardia también contribuyó en cierto modo a tranquilizarla. Pero todavía albergaba sospechas.

—¿Conserva una llave de su viejo archivador? —preguntó.

—No —dijo Bosch—. Estaba abierto.

Ballard observó que de hecho el cierre en lo alto del archivador no estaba echado. La mayoría de los detectives mantenían sus archivadores cerrados.

—¿Tiene algún documento de identificación? —preguntó.

—Claro —dijo Bosch—. Pero solo para que lo sepa, soy agente de policía. Llevo una pistola en la cadera izquierda que quedará a la vista cuando saque la cartera del bolsillo de atrás. ¿Vale?

Ballard se llevó la mano a la cadera.

—Gracias por el aviso —dijo—. Mire, olvídese de la documentación por ahora. ¿Por qué no empezamos primero por el arma? Entonces podremos...

—Hola, Harry.

Ballard miró a su derecha y vio al teniente Munroe, el jefe de turno, entrando en la sala de brigada. Munroe era un hombre delgado que todavía caminaba con las manos cerca del cinturón, como un policía de calle, aunque rara vez abandonaba los confines de la comisaría. Había modificado el cinturón, de manera que solo llevaba la pistola, como estipulaban las normas. Guardaba el resto del pesado equipo en un cajón de su escritorio. Munroe era más joven que Bosch, pero lucía el bigote que parecía de rigor entre los policías que ingresaron en el cuerpo en los años setenta y ochenta.

Vio a Ballard e interpretó su pose.

—Ballard, ¿qué está pasando? —preguntó.

—Ha entrado aquí y estaba mirando los ficheros —dijo Ballard—. No sabía quién era.

—Tranquila —dijo Munroe—. Es buena gente... Trabajó aquí en Homicidios. Cuando había brigada de homicidios.

Munroe volvió a mirar a Bosch.

—Harry, ¿qué demonios estabas haciendo? —preguntó.

Bosch se encogió de hombros.

—Solo miraba mis antiguos cajones —dijo—. Me he cansado de esperar.

—Bueno, Dvorek está aquí, esperando en la sala de informes —dijo Munroe—. Y necesito que hables con él ahora. No me gusta sacarlo de la calle. Es uno de mis mejores hombres y lo quiero fuera.

—Entendido —dijo Bosch.

Bosch siguió a Munroe al pasillo de entrada, que conducía a la oficina de guardia y la sala de redacción de informes, donde estaba esperando Dvorek. Se volvió a mirar a Ballard mientras caminaba y la saludó con la cabeza. Ballard se limitó a verlo marcharse.

Una vez que los dos hombres se hubieron marchado, Ballard se acercó al archivador que Bosch había estado mirando. Había una tarjeta de visita pegada a él. Todo el mundo marcaba sus cajones de esa forma.

Detective César Rivera
División de Delitos Sexuales de Hollywood

Ballard inspeccionó su contenido. Solo estaba medio lleno y las carpetas habían caído hacia delante, probablemente mientras Bosch las estaba hojeando. Ballard las levantó para colocarlas en vertical y leer lo que Rivera había escrito en las pestañas. Eran sobre todo nombres de víctimas y números de caso. Otras carpetas estaban identificadas con los nombres de las calles principales de la División de Hollywood, y probablemente contenían informes mezclados de actividades o personas sospechosas.

Ballard cerró el cajón y revisó los dos de arriba, recordando que había oído que Bosch abría al menos tres.

Eran como el primero: contenían carpetas de casos, en su mayoría referenciados por el nombre de la víctima, delito sexual específico y número de caso. En la parte delantera del cajón superior, se fijó en un clip que había sido doblado y retorcido. Examinó el cierre de presión en la esquina superior del archivador. Era un modelo básico y sabía que podía abrirse fácilmente con un clip. La seguridad de los registros en sí no era una prioridad, porque estaban contenidos en una comisaría de alta seguridad.

Ballard cerró los cajones, presionó el cierre y volvió al escritorio que había estado utilizando. Continuó intrigada por la visita de Bosch en plena noche. Sabía que había usado un clip para abrir el archivador, y eso indicaba que tenía algo más que un interés casual en el contenido de aquellos cajones. La excusa nostálgica de hojear viejos archivos había sido una mentira.

Ballard cogió la taza de café del escritorio y recorrió el pasillo hasta el cuarto de descanso de la planta baja para llenarla. El cuarto estaba vacío, como de costumbre. Rellenó la taza y se la llevó a la sala de guardia. El teniente Munroe se encontraba en su escritorio, mirando una pantalla que mostraba un plano de la división y mar-

cadores GPS de las unidades de patrulla desplegadas. No oyó a Ballard hasta que ella se le acercó por detrás.

—¿Todo tranquilo?

—Por el momento —dijo Munroe.

Ballard señaló un grupo de tres localizadores GPS reunidos en un mismo sitio.

—¿Qué está ocurriendo?

—Es el puesto de Mariscos Reyes. Tengo tres unidades en código siete ahí.

Era una pausa para comer en un *food truck* en Sunset y Western. Eso le recordó a Ballard que no había comido nada y le estaba entrando hambre. Sin embargo, no estaba segura de que le apeteciera marisco.

—Entonces ¿qué quería Bosch?

—Quería hablar con Reliquia sobre un cadáver que encontró hace nueve años. Supongo que Bosch lo está investigando.

—Dijo que aún es policía. Pero no trabaja para nosotros, ¿no?

—No, está en la reserva en el Departamento de Policía de San Fernando.

—¿Qué tiene que ver San Fernando con un asesinato de Hollywood?

—No lo sé, Ballard. Deberías habérselo preguntado a él mientras estaba aquí. Ya se ha marchado.

—Ha sido rápido.

—Porque Reliquia no recordaba nada de nada.

—¿Dvorek está en la calle?

Munroe señaló el grupo de tres vehículos en la pantalla.

—Ha vuelto a salir, pero ahora mismo está en código siete.

—Estaba pensando en pasarme por allí y pedir un par de tacos de gambas. ¿Quiere que le traiga algo?

—No, gracias. Llévate una radio.

—Recibido.

En el camino de regreso a la sala de detectives, Ballard se detuvo en el cuarto de descanso, vació el café en el fregadero y enjuagó la

taza. Luego cogió una radio de la zona de cargadores y salió por la puerta trasera de la comisaría para dirigirse a su coche oficial. Había bajado la temperatura, como siempre ocurría a mitad de turno, y Ballard sacó su chaqueta del maletero y se la puso antes de salir del aparcamiento.

Reliquia todavía estaba en el *food truck* cuando Ballard llegó. Como sargento, Dvorek iba solo en el coche, así que solía tomarse el descanso con otros agentes para tener compañía.

—Sally Ride —dijo, cuando se fijó en que Ballard estaba leyendo el menú escrito con tiza.

—¿Qué pasa, Reliquia? —dijo ella.

—En mitad de otra noche en el paraíso.

—Sí.

Ballard pidió un taco de gambas y lo roció abundantemente con una de las salsas picantes de la mesa de condimentos. Se lo llevó al vehículo blanco y negro de Dvorek, donde el sargento estaba apoyado contra el parachoques delantero, terminándose la comida. Otros dos agentes de patrulla estaban comiendo en el capó de su coche, aparcado delante del de Dvorek.

Ballard se apoyó contra el parachoques a su lado.

—¿De qué es? —preguntó Dvorek.

—Gambas —dijo Ballard—. Solo pido de la pizarra. Significa que es fresco, ¿no? No saben lo que tendrán hasta que lo compran en los muelles.

—Si tú te lo crees...

—Necesito creerlo.

Ballard dio su primer mordisco. Estaba bueno y no tenía ningún gusto sospechoso.

—No está mal —dijo.

—Yo he pedido el especial de pescado —dijo Dvorek—. Probablemente me retirará de la calle en cuanto baje por la tubería.

—Guárdate la información, sargento. Pero hablando de sacarte de la calle, ¿qué quería ese Bosch?

—¿Lo has visto?

—Lo pillé cotilleando en los archivos de la sala de detectives.

—Sí, está desesperado. Busca alguna pista sobre un caso en el que está trabajando.

—¿En Hollywood? Pensaba que ahora trabajaba en San Fernando.

—Sí. Pero se trata de una investigación privada. Una chica que mataron hace nueve años. Yo fui el que encontró el cadáver, pero que me muera si puedo recordar algo que le sirva de ayuda.

Ballard dio otro bocado y empezó a asentir. Planteó la siguiente pregunta con la boca llena de gamba y tortilla.

—¿Quién era la víctima? —preguntó.

—Una chica que se fugó de casa. Se llamaba Daisy. Tenía quince años y vivía en la calle. Un caso triste. La veía en Hollywood, cerca de Western. Una noche se metió en el coche que no debía. Encontré su cadáver en un callejón, cerca de Cahuenga. Se recibió una llamada anónima: eso lo recuerdo.

—¿Era el nombre que usaba en la calle?

—No, su verdadero nombre. Daisy Clayton.

—¿César Rivera trabajaba en Delitos Sexuales por entonces?

—¿César? No estoy seguro. Estamos hablando de hace nueve años. Podría ser.

—Vale. ¿Recuerdas si César tenía algo que ver con el caso? Bosch abrió su archivador.

Dvorek se encogió de hombros.

—Encontré el cadáver y llamé, Renée. Nada más —dijo—. No intervine después. Recuerdo que me enviaron al final del callejón para acordonarlo y mantener a la gente apartada. Yo no llevaba ningún galón en la manga.

Los policías uniformados lucían un galón en la manga por cada cinco años de servicio. Nueve años antes, Reliquia era casi un novato. Ballard asintió y planteó su última pregunta.

—¿Bosch te ha preguntado algo más que yo no te haya preguntado ahora?

—Sí, pero no sobre ella. Preguntó por el novio de Daisy y por si volví a verlo en la calle después del asesinato.

—¿Quién era el novio?

—Solo otro fugado echado a perder. Lo conocía por su nombre de grafitero: Adicto. Bosch dijo que se llamaba Adam algo. No lo recuerdo. Pero la respuesta es que no, nunca volví a verlo. Esos chicos vienen y van.

—Eran solo eso, ¿una pareja de novios?

—Iban juntos. Por protección, sabes. Una chica así necesitaba un chico cerca. Como un macarra. Ella trabajaba en la calle, él la cuidaba, y se repartían los beneficios. Salvo esa noche, esa noche falló. Una lástima para ella.

Ballard asintió. Supuso que Bosch quería hablar con Adam-Adicto porque podía ser la persona mejor informada acerca de a quién conocía Daisy Clayton, con quién se relacionaba y adónde fue la última noche de su vida.

También podría haber sido un sospechoso.

—Has oído hablar de Bosch, ¿no? —preguntó Dvorek.

—Sí —dijo Ballard—. En esa época trabajaba en la división.

—¿Conoces las estrellas en el pasillo de delante?

—Claro.

Eran unas estrellas conmemorativas situadas en el pasillo delantero de la comisaría de Hollywood que honraban a los agentes de la división caídos en acto de servicio.

—Bueno, hay una —dijo Dvorek— en homenaje al teniente Harvey Pounds. Era el teniente de Bosch cuando él trabajaba aquí. Lo secuestraron y murió de un ataque al corazón cuando lo estaban torturando en un caso que estaba investigando Bosch.

Ballard nunca había oído esa historia.

—¿Detuvieron a alguien por eso? —preguntó.

—Depende de con quién hables —dijo Dvorek—. Supuestamente está resuelto por otras vías, pero es otro gran misterio de la gran ciudad malvada. Se rumorea que lo mataron por algo que hizo Bosch.

«Resuelto por otras vías» era la forma de referirse a un caso que estaba oficialmente cerrado, pero sin que se hubiera efectuado ninguna detención ni hubiera ningún acusado. Normalmente, porque el sospechoso estaba muerto o cumpliendo cadena perpetua por otro crimen, y no valía la pena dedicar tiempo, dinero y el riesgo de ir a juicio por un caso que no resultaría en castigo adicional.

—Supuestamente el expediente es confidencial. Alto voltaje.

«Alto voltaje» era una expresión del Departamento de Policía de Los Ángeles para designar un caso que implicaba política departamental. La clase de caso que podía arruinar una carrera por un mal paso.

La información sobre Bosch era interesante, pero no relevante para el caso. Antes de que a Ballard se le ocurriera una pregunta que pudiera desviar a Dvorek otra vez hacia el crimen de Daisy Clayton, la radio del sargento chirrió y este contestó una llamada de la oficina de guardia. Ballard escuchó que el teniente Munroe enviaba a Dvorek a una dirección de Beachwood Canyon para supervisar a un equipo que había acudido a una disputa doméstica.

—Tengo que irme —dijo él mientras hacía una bola con el papel de aluminio que había contenido sus tacos—. A menos que quieras venir conmigo y ayudarme.

Ballard sabía que lo decía en broma. Reliquia no necesitaba el respaldo de un detective de la sesión nocturna.

—Te veré en el corral —dijo ella—. A menos que se tuerza y necesites un detective.

Ballard esperaba que no fuera así. Las peleas domésticas normalmente terminaban en diatribas tipo «él dijo, ella dijo» en las cuales se actuaba más como árbitro que como detective. Incluso algunas heridas físicas obvias no siempre contaban la verdad.

—Recibido —dijo Dvorek.